

# **LAS RAREZAS DEL ARTISTA**

Por RICARDO RIVERA AYBAR\*

Hablar de un artista es hablar frecuentemente de un ser excéntrico cuyas actuaciones a veces difieren en mucho del resto de la gente con que a diario nos tratamos. Esto, aunque por supuesto no constituye una regla invariable, atañe de ordinario a todo aquel que adopta el arte como un medio de protesta o insatisfacción del mundo, que es precisamente el caso de los más sobresalientes escritores, pintores, compositores, etc. Se trata de seres que nunca consiguen resolver una especie de insumisión o ciega rebeldía ante una realidad imperante. Se hallan incapacitados para aceptar la vida como la acepta el resto de los humanos y, de buenas a primeras, ya en discrepancia con esa realidad, crean una realidad propia que es contradictoria a la del

mundo conocido. Su obra artística es un testimonio fiel de ese desacuerdo y a la cual tratará de imprimir su sello íntimo y particular.

Pero ocurre con harta frecuencia que el artista, en el balance de esa compleja suma de experiencias negativas de la realidad, asume modalidades de comportamiento que trasgreden normas sociales de convivencia, infringen principios o cánones de general aceptación o simplemente manifiestan extravagancias, manías o rarezas que, como en el caso por ejemplo de un Balzac, han dado materia para llenar todo un libro entero de anécdotas tan curiosas como patéticas. Balzac vivía tan inmerso en las constelaciones de su firmamento imaginario, que para este autor no era nada extraño comentar sobre la vida de sus personajes como si se tratara de seres reales que convivieran con él. Este estado de alucinación tan intenso no se distinguía de la locura acaso más que por los lúcidos intervalos que se aposentaban en el alma y la mente del novelista, por influjo aparente de ciertas leyes que gobiernan el mundo exterior. Dotado como nadie para un trabajo enajenado y

vehemente, su irrefrenable sensualismo sólo podía renunciar a las demás pasiones –a las que no podía tener acceso debido a sus ahogos pecuniarios– compensándolas con esta pasión única del oficio. Este bárbaro, autor de 94 novelas, se acostaba todas las noches a las ocho agotado de fatiga, dormía unas cuatro horas y hacía que lo despertaran a medianoche para vivir nuevas horas de éxtasis febril, dedicado a su trabajo, reavivando sus sentidos con repetidas tazas de café amargo, ¡y así trabajaba diez, doce y hasta dieciocho horas continuas.

Uno de los casos que más conmueven y despiertan compasión es el de Vicente Van Gogh, pintor holandés de gran intensidad y sin embargo menospreciado por sus coetáneos. Este artista genial, cuyas obras hoy día se valoran en millones de dólares, se vio apremiado por sus graves problemas de índole económica a tener como amante a una prostituta quien, a más de mantenerlo, le contagió una sífilis infamante que lo llevó al borde de la locura. En cierta ocasión, viéndose abatido por circunstancias particularmente azarosas, y en un paroxismo de indecible an-

gustia, se cercenó una oreja, presumiblemente como una forma desesperada de demostrar todo el enorme encono y el disgusto acumulados contra su propia vida, a la que puso fin él mismo todavía en plena juventud.

Finalmente, y tratando de incluir en este trabajo (breve por necesidad) otra manifestación del arte que es la música, digamos que no menos curioso es el caso de uno de los más exquisitos compositores que ha conocido el arte musical de todos los tiempos: Federico Chopin. Este célebre compositor y pianista polaco, cuyo recuerdo está rodeado de una maravillosa aureola romántica, era desde la adolescencia de un espíritu soñador. Rodeado siempre de niñas atrayentes que lo miraban con ánimo seductor, jamás mostró él el más mínimo interés hacia ellas, abstraído como estaba siempre en su música, y dueño además de una muy débil constitución física. Tísico, afligido por una hipersensibilidad llevada al extremo, tímido, indeciso hasta para resolver el asunto más insignificante, solitario y poco comunicativo, era precisamente la antítesis de Jorge Sand, novelista francesa turbulenta

turbulenta y extravagante, de espíritu nada etéreo, anhelante de emociones nuevas y fuertes, de una naturaleza apasionada y deseosa siempre de penetrantes e intensas experiencias amorosas. Sin embargo, quiso el destino que se sintieran atraídos y se acoplaron ambos en una estrecha amistad que pronto devino en algo más íntimo. No siendo Chopin de un temperamento sensual, es de suponer que vio en Jorge Sand a una especie de compensación a su naturaleza endeble y afeeminada. Tan apático e inapetente se mostró Chopin en las cuestiones de amor, que no pareció corresponder suficientemente a los furores y a la volcánica pasión de esta inigualable mujer, según lo atestigua la siguiente carta de ella dirigida a un amigo de entonces:

“...y quiero confesarle que la única cosa que me ha desagradado en él han sido las malas razones que invoca a cada momento para no responder del todo a mi pasión. Yo encontraba hermoso que se abstudiese por respeto a mí, por timidez y aun por fidelidad hacia otra. Pero dos o tres expresiones de él me desengañaron. Al estilo de los devotos, parece

despreciar las “groserías humanas” y avergonzarse de las tentaciones y temer “ensuciar” nuestro amor con un paso más... Ese modo de considerar el último transporte del amor siempre me ha desconcertado y, por supuesto, disgustado.”

A pesar de las débiles resistencias de Chopin, lo que tenía que ocurrir finalmente ocurrió, pues con gran apremio necesitaba la doliente alma del compositor de un corazón viril sobre el cual descansar, corazón y espíritu que estaba él muy lejos de poseer.

\*Obra del autor en e-libro.net:

*El reino de Mandinga* (novela social)